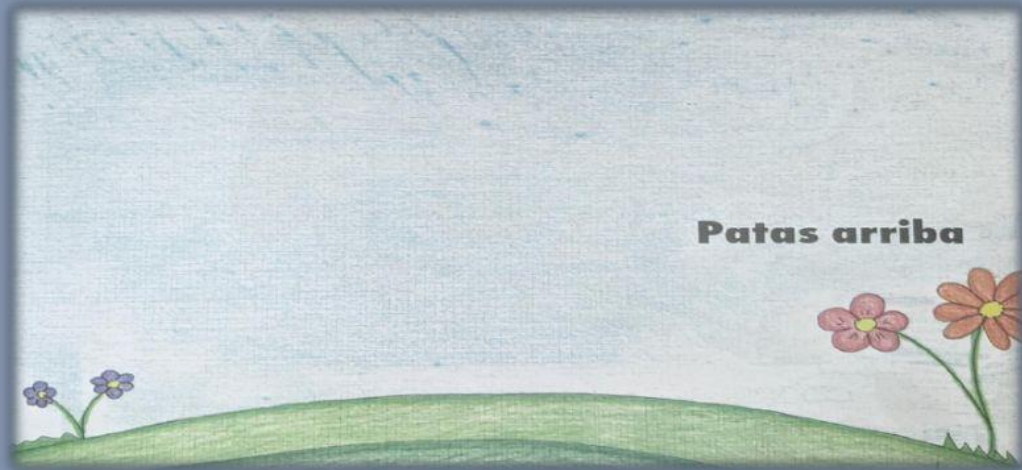


PATAS ARRIBA



Patas arriba

Cuando Andrea se despertó, esa cálida mañana de primavera, lo primero que vio fue la alfombra de arcoiris, que suele estar al lado de su cama, pegada al techo. Se refregó los ojos y notó que la lámpara del techo pendía a sus pies.

Tomó la sábana y se tapó hasta la nariz. Con los ojos abiertos de susto y asombro, trataba de entender qué pasaba, por qué su cama estaba pegada al techo y por qué ella no se cala.



Despacito comenzó a bajar la sábana, deslizándola suavemente por la boca, el mentón, el cuello. Sacó los brazos y al querer seguir bajando la sábana, casi, casi se cae de cara al suelo. ¡Las sábanas la mantenían pegada al techo!

Andrea recordó que las sábanas que tenía puestas eran las más viejas de su cajón, habían pasado de generación en generación. Las había bordado su abuela para su mamá, y ahora las usaba ella. Las sábanas estaban llenas de personajes mágicos, estrellas de la suerte, niños voladores y viajes por el espacio. Eran unas sábanas raras, es verdad, pero por ser viejitas eran las más suaves.



Su abuela solía contarle historias de niños y niñas comunes y corrientes que al tropezarse con un hada comenzaban a volar, o que al respirar polvo de estrellas alzaban vuelo fuera de la galaxia, pero siempre habían sido historias sin una pizca de realidad y con un alto porcentaje de fantasía. Sin embargo, ahora pegada al techo, comenzaba a dudar sobre los límites finitos entre la fantasía y la realidad.



Feliciano, el gato negro de Andrea, apareció maullando como si nada raro ocurriera. ¿Por el techo o por el piso? Andrea ya no sabía ni donde estaba acostada! Y el gato, como si nada, le maullaba tal y como lo hacía a diario, exigiendo el desayuno.

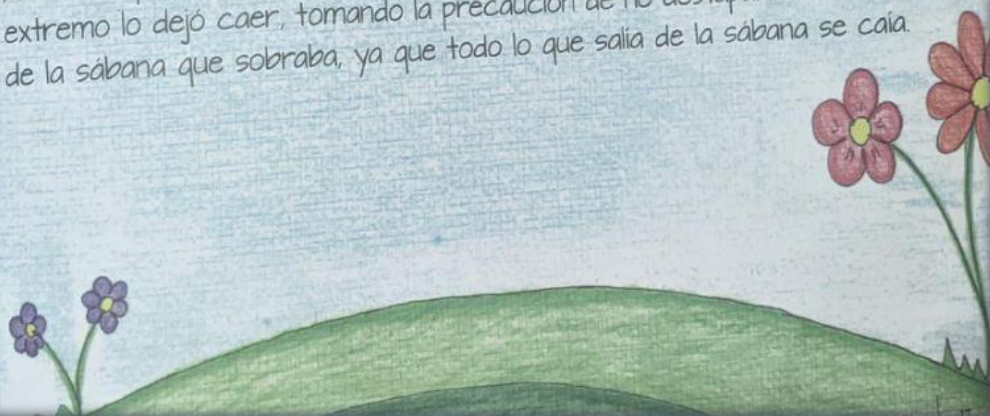
—Tengo que bajar, o subir, o qué sé yo, pero tengo que hacer algo! —pensaba. Como las sábanas eran viejas, muy viejas, podían rasgarse fácilmente, tal vez si las desgarraba de a poquito, con cada tira de tela anudada podría hacer una soga y llegar adonde sea que debiera llegar.



Eso hizo, primero rasgó, con miedo y mucho cuidado, la parte de la sábana con la que se tapaba hasta la nariz, luego quitó otro pedazo, y uno a uno los fue anudando cuidadosamente con los brazos metidos bajo la sábana que iba quedando, ya que si salía de más podía caerse.

Con la mitad de la sábana logró hacer una soga lo suficientemente larga como para llegar donde estaba su alfombra de arcoiris y su gato, que se había cansado de maullar y la miraba atento sin entender bien lo que pasaba.

Ató al respaldo de la cama un extremo de la soga improvisada, y el otro extremo lo dejó caer, tomando la precaución de no destaparse con la mitad de la sábana que sobraba, ya que todo lo que salía de la sábana se caía.



Se aseguró de que estuviera bien amarrada y, luego, de un salto, salió de la sábana protectora. Se sujetó fuertemente, con ambas manos, de la soga que caía de su cama al techo.

Lo que Andrea no tuvo en cuenta fue la fragilidad de la sábana, pues era viejita, muy viejita, y así como había sido fácil rasgarla para hacer la soga, también era fácil que esos pedazos de sábanas anudados se desgarraran una vez más con su peso. Cuando iba por la mitad del descenso la tela viejita,



muy viejita, crujó y como en cámara lenta se rasgó. Andrea pegó un grito y sintió que todo le daba vuelta. Ya no sabía si el techo estaba arriba o abajo, si su alfombra de arcoiris estaba o no en su sitio, sólo veía un torbellino de cosas y a su gato Feliciano, que había vuelto a maullar exigiendo el desayuno.



Mientras Andrea caía, escuchó que su papá la llamaba, cada vez con más insistencia. Sintió que le tocaban la espalda y, en ese momento, todo quedó suspendido y cayó... y también subió. Cada cosa en su lugar. Andrea estaba con la cabeza apoyada en la cama, la espalda curvada como un gato erizado y una pierna elevada.

Su papá, con cara de serio, parado sobre la alfombra de arcoíris la miraba molesto y señalaba su reloj pulsera. Andrea conocía esa seña. Se hacía tarde y había que levantarse.

Feliciano miraba todo con cara de gato y, cada tanto, seguía maullando exigiendo su desayuno.



RESPONDE A LAS SIGUIENTES PREGUNTAS SOBRE LA LECTURA

¿QUÉ FUE LO QUE VIO ANDREA AL DESPERTARSE?

¿QUÉ LA MANTENÍA A ANDREA PEGADA AL TECHO?

¿QUÉ SE LLAMABA Y DE QUÉ COLOR ERA EL GATO DE ANDREA?

¿QUÉ HIZO ANDREA CON LA MITAD DE LA SÁBANA?

¿A QUIÉN ESCUCHÓ ANDREA MIENTRAS CAÍA?

¿ANDREA ESTABA SOÑANDO O DESPIERTA?